



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

LA MATERIA DE LOS SUEÑOS

Premio UPV/EHU de la VIII Edición (1996)

José Antonio González Oreja



LA MATERIA DE LOS SUEÑOS

*... el empeño de modelar
la materia vertiginosa e incoherente
de que se componen los sueños
es el más arduo que (se) pueda acometer...*

Jorge Luis Borges
Las ruinas circulares
Ficciones

*Llevada por la corriente, arrojada por las olas,
inmensamente arrastrada por el entero poder del océano,
se mueve la medusa en el abismo del mar. La luz brilla a través de ella,
la oscuridad la penetra.*

*Llevada, arrojada, arrastrada de un lugar cualquiera a cualquier otro lugar,
porque en el mar profundo no hay más compás que cerca y lejos, alto y bajo,
la medusa se eleva y se mueve; el pulso late ligero y rápido dentro de ella
como late el vasto pulso del día en el mar llevado de la luna.*

*Elevándose, meciéndose, latiendo,
la más vulnerable e insustancial de las criaturas tiene por defensa la violencia
y el poder de todo el océano, al que le ha confiado su ser, su movimiento
y su voluntad.*

Úrsula K. Le Guin
La Rueda Celeste

El poeta auténtico no sueña, sino cuenta.

Néstor Luján
Decidnos, ¿quién mató al conde?

I

*En buena lógica, ¿no debería la mente del orador
conocer la sustancia del tema
sobre el que se dispone a hablar?*

Platón
Fedro

FATALMENTE, HOY VUELVO A SER LIBRE. Libre como los pájaros, que lanzan su trino al cielo desde las más altas copas de los árboles; libre como el viento, como las olas del mar que hieren la costa, quebrando el acantilado. Pero me estoy engañando, pues sé que no ha de



ser así. Mi anhelada libertad tiene un precio muy alto que quisiera no haber tenido que pagar. Ya es tarde, sé que demasiado, para volver atrás. El Monstruo está ya fuera de mí, al acecho, esperando una nueva víctima sobre la que saltar impunemente y poder dominarla desde su más profundo interior, a escondidas, siempre bajo la Máscara del Placer y de los Sueños.

Quisiera no tener que escribir esta suerte de memorias, pero no puedo dejar de saber que, desde mi cobardía, soy el único capaz de alertar (¿alertar?) al resto de la humanidad del enorme peligro al que les he expuesto. Bien es verdad, y Dios lo sabe, que no lo he hecho de un modo intencionado: Los Hados del Azar y la Malaventura han desencadenado a la Bestia, refugiada desde la Noche de los Tiempos en la Frontera del Conocimiento. Pero esto no bastará para aliviar mi alma. Todas las vidas que puedan dejar de existir por este trágico experimento que nunca debí haber iniciado, todas las muertes que la Materia de los Sueños pueda causar desde el día de hoy, tienen un sólo culpable y deudor: ¡Yo!

No puedo soportar ya su peso, inexistente todavía pero sin duda real en los tiempos por venir. Y he optado por la única solución viable a estas mis circunstancias. Que nadie me guarde rencor por haber cumplido uno de los sueños de la humanidad. ¿Quién habría sido capaz de resistirse? Cuando alguien lea y dé notoria publicidad a estas cuartillas, *escritas de mi puño y letra en perfecto uso de mis facultades físicas y mentales*, yo, Arthur N. Goldstein, miembro de número de la Real Sociedad de Ciencias Naturales, del Real Gabinete de Estudios Científicos y Antropológicos, y de la Academia de Ciencias de Su Majestad, yo, repito, su autor, habré muerto.

II

*Existe otra forma de tentación que entraña incluso mayor peligro.
Es la enfermedad de la curiosidad... Ella nos impulsa a querer
desentrañar los secretos de la naturaleza, secretos que escapan a nues-
tra comprensión, que nada pueden reportarnos y a los que los hombres
deberían renunciar...*

San Agustín de Hipona

¿CUÁNDO EMPEZÓ TODO ESTO? ¿Quién puede saberlo? Por mi parte, estoy seguro de que es imposible hallar un principio a la historia que me propongo narrar, tan atrás se hunde en la memoria, no sólo personal, sino de todos los hombres que en la Historia han sido. Pues el



principio de las cosas es siempre el mismo para todo. Ya Tácito observó rectamente que toda antigüedad es oscura, y todavía hoy ignoramos cuál es el Motor Inmóvil que a todo imprime su Impulso Vital; quizás el perdido saber de la Biblioteca de Alejandría nos hubiera sacado de la Caverna de Platón en la que nos hallamos, mostrándonos definitivamente algo más que las Sombras de la Realidad a las que por ahora podemos acceder. Sin rubor afirmo que he creído entrever algo de esa realidad que subyace nuestros deseos y sentidos, pero el miedo me ha acobardado, y ahora renuncio; a todo.

¿He de hablar, acaso, de mis primeros y alocados días como ayudante de renombradas figuras en el saber científico? ¿Como investigador incipiente de la biología del hombre? ¿Como explorador en los secretos arcanos de la mente? Ésta, sin embargo, tampoco sería la respuesta. Por ponerle un límite en el tiempo a la historia que será el Hilo de Ariadna que nos conduzca a través de las siguientes páginas, digamos que tiene su origen hacia finales de mil ochocientos noventa y..., en el comienzo de mis experimentos sobre la Materia de los Sueños.

¡Malhadado día aquél!, en el que el profesor William Ainsworth, M.D., M.R.C.S. y L.K.Q.C.P.I., atravesó el dintel de la puerta de mi gabinete y tendió sobre la mesa de roble lacada la esperada licencia de trabajo con animales en la Casa de las Bestias. En el reloj del salón habían dado, quizás, las cinco y media. Tan caballeroso como siempre, dejó su negro sombrero de copa y su elegante bastón de madera de boj en manos de la señorita Blair, así como el pañuelo de seda del mismo color, y el oscuro gabán que siempre lo acompañaba. Tomó luego asiento, mientras miss Blair le servía un té con leche y unas pastas. Magnífico actor, cosa de la que sólo ahora me doy cuenta, abrió finalmente el sobre que acababa de entregarme.

—Obviamente, ya sólo tiene un valor testimonial —mintió distraídamente, mientras lo hojeaba, estoy seguro, por enésima vez—, pues era de esperar. Van Aanger no podía hacer otra cosa...

* * *

¿Quién leerá estas páginas en un futuro aún desconocido? ¿Y soy yo quien me digo *desconocido*? ¿Llegará acaso ese futuro? No puedo por menos que dudar de la existencia de un mañana lejano, o al menos del día en el que alguien pueda llegar a encontrar estas cuartillas. ¿Para quién escribo, entonces? ¿Y por qué? ¿Acaso para expiar mis pecados? ¡Oh, malditos Dioses de la Curiosidad! Pero, ¿qué otra cosa es la Ciencia sino la



eterna búsqueda por el Saber llevada a sus más desconocidas consecuencias? ¿Es esto una excusa? ¿Estoy buscando un perdón? Fatalmente sé que no existe.

En cualquier caso, una introducción a la materia objeto de estudio no ha de ser ociosa, sino todo lo contrario.

* * *

La Casa de las Bestias... Así se acabó por conocer entre los lugareños el obscuro y gran caserón, ya viejo mucho tiempo antes de que yo pudiera investigar en él, sede que fue de la *Fundación Van Aanger*. Oskar Van Aanger, científico alemán y patriarca del conocimiento, a instancias de la Real Sociedad, había accedido a establecer un centro de experimentación con animales en nuestro condado, y es justo decir que todo ello no habría sido posible sin el concurso siempre acertado de mi guía y mentor, el doctor William Ainsworth. Tiempo atrás, Van Aanger había podido dar forma a cierta teoría matemática sobre la expansión de los números a partir de los datos que mi maestro había recopilado en su juventud. Ahora, el favor debía invertirse de sentido...

Allí me familiaricé, por primera vez, con el auténtico trabajo con animales como sujetos de experimentación. Y allí conocí los trabajos pioneros de Edouard Fritsch y el propio Van Aanger. Su más importante contribución databa de mil ochocientos setenta y cinco. Los dos investigadores germanos, conforme a las tesis de Franz Gall, recientemente revitalizadas por Pierre Paul Broca, habían localizado ciertas regiones de suma importancia en la aún desconocida anatomía del cerebro humano. En efecto, y corroborando una vez más las observaciones de Luigi Galvani sobre la inexistencia del así llamado «fluido animal» de Galeno, habían estimulado dichas regiones y observado sus efectos sobre determinados músculos del cuerpo, localizando el asiento de las funciones de supervisión mental, de enorme importancia en la coordinación de las actividades del individuo. Esta técnica, que nosotros habíamos adoptado tan pronto como tuvimos conocimiento preciso de la misma, había empezado a dar sus frutos en la comparación de los mapas realizados en individuos «normales» y «patológicos», términos éstos que nunca me acabaron de convencer. Pues, ¿quién define la normalidad? ¿Son acaso individuos normales quienes han de juzgar al resto? ¿O esconden la anormalidad de sus actos bajo el juicio del saber? ¿Se refugia en sus propias mentes el significado de la insania? Inquietantes preguntas que me perturbaron en su momento.



Pero el cuerpo de conocimientos hasta entonces recopilados dejaba de lado otros posibles mecanismos propuestos para la acción nerviosa, como cambios en la concentración de determinadas sustancias, en las características físicas y químicas del medio próximo a las neuronas, o en el simple movimiento de ciertos fluidos, creador a su vez de gradientes por estudiar. En fin, el doctor Ainsworth y yo sospechábamos que no todo el funcionamiento del cerebro era de naturaleza «simplemente» eléctrica. Al abrigo del hogar, en la penumbra del gabinete o en las aburridas sesiones de trabajo en el laboratorio, en incontables ocasiones comentamos y enriquecimos nuestros puntos de vista sobre todo esto.

—Cuando pensamos en la perfección lograda a lo largo del curso de la vida por una infinidad de organismos, el hombre se nos aparece como una criatura desgarbada y pobremente constituida, casi completamente desprotegida —reflexionaba en voz alta el doctor Ainsworth—. Como un animal más, apenas puede competir con éxito ante otros seres en la terrible lucha por la existencia, pues aquéllos resultan siempre en ventaja. Pero el hombre no es sólo un animal más, mi querido amigo, pues es, ante todo, un *hombre*; y ponderar en su justa medida la exacta magnitud del *casi* antes citado es la ardua tarea que nos hemos impuesto.

Mi colega, el doctor, desconocía cuán verdadero era este razonamiento: A los bellos ejemplos que solía citar —la descomunal fuerza y vertiginosa rapidez de los felinos salvajes africanos, como el león; la maravillosa capacidad de salto de sus presas para escapar al ataque, como la gacela—, se pueden añadir hoy otros tan sorprendentes como la perfecta simplicidad y eficacia de los extraños corpúsculos de Ricketts, o la extravagancia y elegancia de las altivas jirafas, tan de moda hoy en día en los zoológicos de toda Europa, que vienen a reforzar su tesis. ¿Con qué extrañas criaturas nos estaremos relacionando?, me pregunto a veces.

—Pero, no obstante, mi querido amigo —era capaz de añadir—, el hombre ha conseguido dominar el mundo gracias únicamente a una característica de muy notable importancia: El cerebro. El hombre no ha ideado el cerebro, pues éste es sin duda el resultado de una larga serie de presiones que produjeron una grandiosa ventaja en los seres dotados con un cerebro mayor, sin duda superior. Así lo quiso Dios, cuando hizo posibles las diferencias que entre blancos y negros, hombres y mujeres, o sabios y necios se observan en este sentido. En la lucha por la supervivencia en la naturaleza, sin duda una lucha de garras y dientes, un animal especialmente sensible a los cambios en su salvaje entorno, y que sepa también responder a ellos de un modo más rápido y adecuado, se verá favorecido por la selección natural, si nuestro admirado Charles Darwin no se equivocó.



Esta capacidad de adaptación residía sin duda alguna en el cerebro; y el conocimiento preciso de su anatomía y función era la frontera exacta de lo desconocido en el cuerpo humano. Desde los tiempos remotos de Herófilo de Chacedón, quien reconoció correctamente que era este órgano, y no otras partes del cuerpo, como el corazón o la bilis, el asiento de la inteligencia humana, poco se había avanzado en tal dirección. Como gustaba de recordar mi amigo y colega el doctor Ainsworth al respecto, los errores de Aristóteles —para quien el cerebro era tan sólo «una suerte de refrigerador de la sangre»— tenían mayor peso en la comunidad científica que las verdades de otros. Afortunadamente, Marie Pierre Flourens, en una fecha tan cercana como mil ochocientos veinticuatro, había demostrado irrefutablemente que el cerebro era el órgano responsable de la actividad intelectual y de la voluntad; esta capacidad residía, en esencia, en el área más expuesta de las circunvoluciones en que aquél se divide, su más nueva corteza, o *neopallium*, de suma importancia.

Pero para el doctor Ainsworth —y para mí con él—, un fenómeno tan complejo, y ciertamente tan fascinante, como la mente humana, no podía quedar completamente explicado por unas leyes tan simples como las de la electricidad. El que todavía no se hubiera conseguido su completo entendimiento era una prueba de lo que digo. Nuestra tesis buscaba respuestas de diversa índole a los diferentes estímulos: El metabolismo celular de las propias neuronas podría verse alterado con la sobreproducción de algún activador o represor de su normal funcionamiento. Esta línea de trabajo la iniciamos tiempo atrás, una vez tuvimos la licencia formal de trabajo en la Casa de las Bestias. Para mí, y para Ainsworth, contar con el reconocimiento de toda una figura como Van Aanger era la llave que podría abrirnos las puertas a un mundo desconocido, quizás lleno de respuestas, sin duda pleno de interrogantes.

¿A qué nos condujo todo esto? ¿Cómo resumir los resultados obtenidos en nuestros experimentos? ¿Estábamos acaso en lo cierto al suponer que el complejo funcionamiento de la mente humana no podía explicarse sólo por unas leyes tan triviales como las derivadas de la electrostática de Coulomb, de la electricidad de Thomson?

Pero no debo extender aquí mi relato, pues el factor suerte habría de llevarme contra la corriente por rumbos y mareas desconocidas e inesperadas, no sólo para mí, sino para cualquiera de los mortales: La Materia de los Sueños, y el Onírico Mundo al que puede dar acceso.

Generaciones vendrán que sepan comprender esto que digo.



III

...sustancias mil millones de veces más dañinas que tus secretos más oscuros...

Douglas Coupland
Planeta Champú

LA MATERIA DE LOS SUEÑOS... Sólo evocarla de nuevo me provoca otra vez un dulce escalofrío que recorre mi más profundo interior. Y soy consciente de que ya nunca más podré volver a ella, pues sólo me resta una ingrata tarea en este mundo por dejar: Terminar la redacción de estas cuartillas.

* * *

Oculto a toda la experiencia sensible del día a día, en un nivel inferior de consciencia, hay una, *otra*, Realidad, con unos parámetros ciertamente propios, caprichosos, cuyas leyes están formuladas al amparo de una lógica borrosa y multicolor, que se difuminan y se trastocan, alcanzando horizontes elásticos más allá de la racionalidad, y en la que los conceptos de espacio y de tiempo resultan ciertamente alterados. He viajado sin voluntad a través de ese Mundo como todos los mortales, y allí he visto seres y lugares que sufren las más complejas metamorfosis que imaginarse pueda, en las que la ilusión se da la mano con la realidad, y en las que la realidad se desdibuja y pasa a ser ficción; allí he asistido a las conversiones más inesperadas, a los más extraños fenómenos... Estos escenarios, como digo, están abiertos a cualquiera sin tener por qué proponérselo.

Pero, y éste es mi pecado, yo he roto el Velo de Isis que lo cubría, el eterno misterio que lo protegía. Allí, en ese otro Mundo tan real como el nuestro, tan fantástico como una Quimera, tan distante como el infinito, y tan cercano como la palma de la mano, allí, repito, he descubierto nuevas tierras, de un modo totalmente *consciente*, como sólo algunos lo hemos hecho... Porque no he sido el único... Como William Blake, también yo sostuve enriquecedores coloquios con Homero, con Virgilio, con el Alighieri, con Shakespeare... Con el mismo Blake, a quien encontré desnudo en el Jardín de Woolsthorpe, hablando con Newton sobre la Naturaleza de la que están forjados los Ángeles. ¿Qué se oculta, en realidad, en ese otro Mundo?

* * *



Me llevó mucho tiempo entender lo que estaba ocurriendo. A las constantes jornadas de paciente y entusiasmado trabajo de laboratorio de un principio, con un sin fin de preguntas, de nuevos retos por delante a los que responder, les sucedieron interminables días de calma total, en los que nada nuevo se divisaba sobre el horizonte. Recuerdo ahora cómo mi sabio y ya viejo mentor, el doctor Ainsworth, guiaba mis pasos de ciego por ese laberinto en el que me encontraba perdido. Amigo de la familia desde tiempo atrás, Ainsworth se convirtió para mí en un auténtico segundo padre. Sin su ayuda, no habría podido avanzar siquiera una milla en esa embravecida Mar de lo Desconocido que tanto me atraía.

Allí estaba, también, el desgraciado señor Evans, quien graciosamente me facilitaba el trabajo con los animales, traídos desde sólo Dios, y él, sabían dónde, pero mucho me tengo para mi persona que algo tenían que ver las crecientes quejas de los cuidadores de las dependencias municipales...

Cada cierto tiempo se acercaba a mi gabinete en la Casa de las Bestias con toda una jauría de animales callejeros, cuyas vidas podían resumirse en un sinfín de faltas y maltratos. Evans vivía de cientos de diferentes tareas que la comunidad le facilitaba, y yo sabía que para él mis tediosos experimentos no significaban nada más que un puñado de chelines. Pero siempre se sintió orgulloso de que yo pudiera disponer de animales de laboratorio con sólo hacérselo saber...

Y... tantos otros que me ayudaron de un modo u otro en tan ardua tarea.

Pero el curso de mi investigación llegó a mal puerto. Lo que es peor, me pareció estar completamente embarrancado. Al leer en los asientos de mi cuaderno de laboratorio, recuerdo aquellos aciagos días. Los experimentos con los animales eran algo monótono y fatigoso; tras ímprobos esfuerzos de estimulación del cerebro no había logrado todavía descubrir nada nuevo. ¡Qué lejos quedaban las etapas iniciales de mi investigación...! Los resultados se repetían día tras día. Sin novedad. Sin novedad. Sin novedad...

Hasta que, inesperadamente, como suceden en realidad todas las cosas con importancia... Observé un extraño comportamiento que no supe a qué atribuir. Sin intentar justificarme, lo cierto es que, aquel día, estuve trabajando hasta muy tarde con los animales, a los que, por error, por descuido o por agotamiento, no pude manipular de un modo adecuado. Esa noche, además, no logré conciliar el sueño, por lo que decidí acercarme al laboratorio y así hacer tiempo. En cualquier caso, como en lo más oscuro del mismo, oí ya al entrar el agudo chillar de varias de esas po-



bres bestias. Un somero examen me permitió saber que estaban claramente dormidos, y concluí luego que en un profundo sueño. No supe cómo explicarlo, la verdad. ¿Por qué dormidos, como estaban, se mostraban tan activos como si de un estado de vigilia se tratase?

Al principio, este hecho no despertó en mí sospechas de ningún tipo, y pasó a formar parte de las anotaciones del cuaderno. Hasta que días después pude observar, en idénticas circunstancias, la repetición del fenómeno: El laboratorio parecía efervescer en la locura colectiva de mis animales, gritando y chillando durante parte de la noche en el más profundo de los sueños. A tal punto llegó este paroxismo que la propia señorita Blair se intranquilizó una de estas noches. Si mis apuntes son correctos, y no tengo motivos para dudar de ellos, en todas las ocasiones en las que puntualmente se manifestó esta observación, había sido yo incapaz de manipular adecuadamente los electrodos en la corteza cerebral de mis animales de laboratorio. En efecto, a mediados del mes de Diciembre padecí frecuentes fiebres intermitentes que, si bien no imposibilitaron el normal desenvolvimiento de mi labor, sí alteraron mi efectividad para con el manejo del instrumental.

Días después, revisando el cuaderno, busqué mis errores y contrasté sus efectos sobre los animales: En todas las ocasiones, por una u otra razón, mi trabajo sobre la corteza cerebral no se desarrolló como *así* debería haber sido, sino que mi pérdida de facultades me llevó, bien que por error, a presionar, quizás, zonas profundas del cerebro. Deduje, pues, que esto debía haber provocado la intensa actividad onírica de mis animales.

* * *

A finales del mes de Enero me propuse realizar el experimento que probara mi teoría: Cinco animales me servirían de sujetos control, y otros cinco serían sometidos a estimulación de lo más profundo del cerebro. ¡Dios sabe que no miento cuando digo que el experimento fue un rotundo éxito!

Los cinco animales del grupo control no sufrieron alteraciones de importancia en sus períodos de sueño, o al menos no lo manifestaron externamente; los cinco animales del grupo paciente mostraron claros indicios de ensoñación: Descenso en el ritmo cardíaco, en el ritmo respiratorio, en el flujo sanguíneo, movimientos convulsivos en sus extremidades, giros del cuerpo y adopción de posiciones defensivas, gritos, gemidos, erecciones, poluciones nocturnas...



Lógicamente, el doctor Ainsworth fue la primera persona a quien comuniqué mis resultados. Se mostró entusiasmado. Siguiendo sus acertadas indicaciones, repetí numerosas veces el experimento, y en todas y cada una de las réplicas obtuve siempre idéntico resultado: Intensa actividad onírica asociada a cierta forma de placer. Estas conclusiones, importantes ya de por sí, necesitaban aumentar el número y tipo de pacientes; y así lo hice, experimentando con toda suerte de animales que curiosamente fui adquiriendo a través del señor Evans.

Ahorraré al lector el curso de estas investigaciones, pero mis ideas, en resumen, pudieron ser validadas.

Entonces, ¿cómo asociar los efectos observados con la estimulación mecánica y eléctrica ejercida en el cerebro profundo? Postulé, en fin, la producción de alguna sustancia, de alguna materia que fuera la desencadenante de aquellos sueños activos. Y dediqué infinitos esfuerzos a comprobar mi teoría. Numerosas preguntas, de nuevo, asaltaron mi inquieta, quizás perturbada mente. ¿Qué oscura materia era ésta? ¿Cuáles sus propiedades? ¿Sus efectos? ¿Podría llegar a conocerla algún día? ¿A dominarla? ¿A experimentar con ella en el ser humano?

No desvelaré ahora la naturaleza de tal Materia de los Sueños, que he llegado a conocer perfectamente en el curso de mis malhadados experimentos. ¿Cuántos animales tuve que sacrificar para obtener una cantidad apreciable? ¿Cuántos cerebros extirpar? ¿Cuántas glándulas extraer? El método es realmente sencillo, pero tedioso y largo. Recuerdo las infinitas horas pasadas en el laboratorio, reduciendo a polvo muy fino, con arena de sílice pulcramente lavada en ácido, el grano conseguido en el extracto total, desecándolo en una atmósfera de aire enrarecido, lavándolo con éter una y otra vez, volviéndolo a desecar y obteniendo el residuo final, el polvo higroscópico de más maravillosas propiedades que imaginarse pueda, la Materia de los Sueños. Tal grado de refinamiento logré en el arte y la técnica de la extracción, que desarrollé una forma de lograr una aún mayor pureza e inyectarlo por vía hipodérmica, tras macerarlo sucesivamente en glicerina, éter y fenol, y filtrarlo por bujías de porcelana de finísimo poro.

Tan sólo avanzaré su maravillosa simplicidad química, su extremada solubilidad en líquidos orgánicos de todo tipo, y su inusitada resistencia al calor, en contra de lo que cabría esperar para un fermento. Dosis infinitesimales de esta sustancia tienen capacidad para manifestar su acción, como he podido comprobar por mí mismo en numerosas ocasiones. Lo único que desvelaré en estas febriles líneas es el éxito logrado en el curso de mi experimentación. Introduce la preciosa y valiosísima sustancia en



el cuerpo de numerosos animales de laboratorio, y, con una fiabilidad que tildaría sin dudas de importantísima, manifestaron el mismo tipo de sueño activo que ya antes he descrito. Particularmente interesante, y de un modo que aun hoy me muestro incapaz de explicar, fue el poder aislar entonces una cantidad siempre superior a la inicialmente inyectada; era como si esta substancia catalizara en vivo, en el cerebro, su propia producción.

Así pues, y en resumen, había logrado extraer una substancia de las profundidades del cerebro de cierto número de animales, que al ser inyectada de nuevo producía una intensa actividad onírica y activaba su propia producción. ¿Cómo substraherse al deseo de experimentarla en el cuerpo humano? ¿Qué hacer para lograr evadirse de su magnética atracción? Sólo conocía un hombre tan absorbido por su trabajo, tan seguro de sus teorías y tan decidido a demostrarlas, capaz de llevar a cabo una locura tal: ¡Yo!

IV

Aspirar a algo que no tendrás jamás, ¿es ésta la agudeza del más generoso entre los deseos?

Umberto Eco
La isla del día de antes

AINSWORTH TENIA RAZÓN. Ahora sé que siempre estuvo en lo cierto, y que por nada del mundo debería haber prolongado más allá de la experimentación con animales el curso de mi investigación. Pero... ¿Qué mundo es ése del que hablamos? ¿El mundo de la superficie, de lo visible, de lo real? ¿O el Mundo de los Sueños, un mundo en el que la lógica y la importancia carecen de sentido? La naturaleza de las cosas que gobierna ambos mundos no es siempre la misma, y lo que en un mundo puede parecer coherente y plausible, en el otro puede desdibujarse por completo hasta hacerse incomprensible y fantástico. En cualquier caso, si hubiera seguido las indicaciones de mi colega y mentor el doctor Ainsworth, quizás ahora no estaría sentado en mi gabinete, dando forma a esta suerte de memorias que nunca antes pensé en escribir.

* * *

—Existe una frontera entre el hombre y Dios —me dijo el doctor cuando le hice saber mi intención de probar en mi propia persona los



efectos de la maravillosa droga que tan arduamente había logrado—. Si Él hubiera querido que los hombres nos comportáramos como animales, no se habría tomado todas las molestias que...

—Pero la oportunidad es única —repliqué inocentemente. ¿De qué otro modo, pensaba entonces, podríamos desvelar un sistema de vida que contiene desarrollos y sucesos nunca antes entrevistos, gobernados por parámetros desconocidos?

—Es una locura. Te lo ruego, Arthur: Déjalo estar.

—Forma parte de la naturaleza humana —afirmé entonces, como sin ser yo—, confundir la *locura* con la *genialidad*. —Ainsworth, apesadumbrado el semblante, me dejó a solas con mi turbación: Una soledad infinita, eterna, de la cuál ya no pude salir nunca más.

¡Oh, Dios!, cómo lamento no haber sabido cuál era el Camino de la Verdad en su justo momento.

* * *

Todo estaba dispuesto. Una pequeña dosis de la Materia de los Sueños, que tan pulcramente había aislado del cerebro de mis animales de laboratorio, me abriría definitivamente las puertas de ese mundo desconocido, que sólo de vez en cuando logramos entrever. ¿Qué misterios me esperarían al otro lado? Mi cuaderno de laboratorio, frenéticamente escrito tras volver de mis viajes al Otro Lado del Espejo, volverá a servirnos de guía.

V

*¿Qué otra cosa vislumbra en la oscura lejanía,
allá en el abismo del tiempo?*

William Shakespeare
La Tempestad

VÓRTICE. La primera imagen no existe, pues se funde en la obscuridad plena e intemporal de lo primigenio, de lo anterior a todo. Al menos, yo no la conozco... Estoy durante un tiempo infinito contemplando la Nada, siempre idéntica a sí misma, monótona como es. Pero ni el Tiempo mismo existe; podría haber sido sólo una fracción de segundo, o toda una eternidad. ¿Cómo saberlo? Sólo un mar de Vacío me rodea por todas partes. Ausencia de todo. Ausencia de ausencia. Nada. Pero enton-



ces la Nada comienza a estirarse y contraerse, expandiéndose y retrotra-yéndose de nuevo, plegándose no sólo sobre sí misma, sino incluyéndose dentro de sí, modelándose en algo desconocido y totalmente nuevo. No en vano, es la Creación. La única realidad del Tiempo, recién surgido también de los Abismos, es el presente, pues no hay apenas un pasado y no sé si habrá un futuro. Se perciben matices surgir de entre lo más profundo de la noche: Son débiles puntos de luz muy tenue, blanca y fría, casi inexistentes, que crean estructuras coherentes, en danza, con formas geométricas ciertamente caprichosas.

Desde lo más remoto de este escenario surge entonces la siguiente imagen: La bóveda del cielo se abre lentamente desde el horizonte más infinito; al principio, una línea azul luminoso rompe nítidamente el espacio de parte a parte, luego se tiñe todo de rojo, y un infierno esférico e iridiscente se alza ingrávido. Una gran luz, la Gran Luz, surge y ciega mis ojos. Soy lanzado a una tremenda velocidad desde la mayor distancia que imaginarse pueda. ¿Caigo? No sé dónde localizar un sistema de referencias; quizás no lo haya todavía. Al final mi movimiento es menor, y comienzo a ver de nuevo. Una vastísima extensión se extiende por doquier, alumbrada por una luz maravillosa y multicolor. Pero estoy solo, completamente solo. Una danza de corpúsculos surge de nuevo a mi alrededor, y van tomando forma objetos que vagamente comienzan a resultarme conocidos. ¡Pero, y esto es lo más sorprendente de todo, allí estoy yo, me veo en la más lejana de todas las distancias, justo en el horizonte..!

Y el sueño termina bruscamente, envuelto todo mi ser en un sudor frío que me congela y me da miedo, pero que irresistiblemente me atrae hacia sí, tan poderosa es su fuerza. Una nueva tormenta sacude mi mente, ahora ya despierta: Son infinitas las preguntas sin respuesta que me torturan. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué buscar similitudes entre uno y otro mundo? ¿Cómo comparar algo totalmente desconocido, nuevo, con algo que resulta ya, inevitablemente, caduco?

¡Oh, Dioses de la Curiosidad!; cuán crueles os habéis mostrado conmigo. Pues sólo ahora comprendo que fue esta mi primera visión del Monstruo, bajo una de sus múltiples Máscaras, esta vez todavía desconocida. ¿Deseo de saber? ¿De traspasar los límites? ¿De encontrarme a mí mismo? Sólo preguntas sin respuesta llenan estas líneas...

* * *

De nuevo, Ainsworth es la primera —y, en realidad, la única— persona a quien hago partícipe de mi experiencia. Pero ya no quiere saber



nada de mi «docura»: Me ruega que termine mis experimentos sobre la Materia de los Sueños, y que cambie por completo mi línea de investigación. Que no despierte una vez más a los Dragones de la Mente. Finalmente, desaparece de la escena.

Entonces el Monstruo, por segunda vez, se apodera de mí, sólo ahora lo sé, bajo la Máscara de la Duda ¿Una vez más? ¿Qué esconde dentro de su privilegiada mente el sabio William Ainsworth, M.D., etcétera, etcétera? ¿Acaso ha cruzado también, atrás en el tiempo, la frontera que separa los dos mundos y que yo me propongo unir? ¿Por qué ese recelo sin motivos a mis experimentos? ¿Por qué?

La desconfianza anida ya en mi interior. Y el deseo de volver al Mundo de los Sueños gobierna desde entonces mi timón. El proceso es imparable.

* * *

Días después me inyecto otra nueva dosis. Y vuelvo a contemplar el mismo espectáculo que ya he descrito. Sobre el horizonte, puedo divisar ahora lo que hasta entonces no había existido. El Mundo comienza a tomar forma. ¿Qué es lo que veo? Es un Mundo en estado embrionario, carente de vida, desconocido incluso para mí. Pero el Tiempo ya existe, y a medida que transcurre el fluir de sus más pequeñas partículas, el Mundo va tomando forma, viajando hacia el futuro. Como acariciado por las manos de un alfarero, la masa amorfa de materia inicial se convierte en uno más de los siete planetas conocidos, y un astro comienza a orbitar a su alrededor. La superficie se ve trastornada por violentísimos acontecimientos de naturaleza puramente geológica. Y un gran diluvio acaba por crear los mares. Entonces, inevitablemente, surge la Vida al abrigo de las olas.

Una rapidísima sucesión de imágenes hace pasar ante mí a las más dispares especies que hayan existido sobre la faz de este Mundo. Algunas se transforman y sobreviven, otras se extinguen y dan paso a nuevas creaciones. Algunas abandonan los mares, exploran la tierra y los aires, y colonizan todos los entornos habitables. Finalmente, también aquí surge el hombre. Y, de nuevo al final de mi sueño, me encuentro a mí mismo, observándolo todo. ¿Por qué siempre yo? ¿Qué me muestra este sueño? ¿Una historia pasada? ¿La Historia? ¿Cómo llegar más allá?

En ocasiones posteriores, nuevas dosis me permitieron revivir, por enésima vez, todo el proceso. La Creación del Mundo, el Origen de la Vida, la Transformación de las Especies, y el Origen del Hombre. Veo



un mar lejanísimo, y en el horizonte un grandísimo sol derrama su luz por sobre todos los mortales. Algunos se acercan a la orilla, y juegan allí como niños. Pero siempre hay hombres que construyen naves, y se abren a la mar. Cuando vuelven, narran las más fabulosas historias jamás oídas, de Mundos donde habitan criaturas desconocidas, llenos de riquezas, y donde elixires de mágicos poderes manan de las Fuentes de la Sabiduría. Allí están Platón, y Homero, y Guillermo de Occam, y Leonardo, y Valdi...

En el curso de mis sueños me he encontrado con innumerables viajeros, a cuál más avezado y sabio. En los soportales de la antigua plaza de una preciosa y ornada ciudad, cuyo nombre desconozco, un Mercader habla de las virtudes de los filtros medicinales del Lejano Oriente. Más allá, rodeado de jóvenes ávidos de aventuras, un Navegante narra sus viajes allende los mares y sus vivencias en el seno de una Ballena, en el Nuevo Mundo. En la distancia, un Viejo a las puertas de la muerte, cubierto sólo por harapos de lo que en otro tiempo pudo haber sido el ropaje de un Rey, prosigue su interminable relato. Los tres hombres son el mismo, y entonces sé que he conocido antes a este Sabio. Me acerco, e inmerso entre la muchedumbre boquiabierta, atentos como por encanto a la tribuna del orador desconocido, escucho yo también el hilo conductor del siguiente relato.

VI

*La mente del hombre es capaz de todo,
porque todo está contenido en ella,
tanto el pasado como el futuro.*

Joseph Conrad
Corazón de Tinieblas

*... porque sabía que el pasado no existe
si no hay algo que nos recuerde los hechos que alguna vez fueron ciertos.*

Susana Torres
Querido Corto Maltés

—EL UNIVERSO EXISTE, y ésta es una verdad incontrovertible. Así pues, miente quien afirme lo contrario. Pero no existe un Universo único, sino que su número resulta desconocido. Sin embargo, de una cosa sí cabe estar seguro: El abrumador deseo de Saber, propio de la



mente humana, nos ha llevado a inquirir un más grande Conocimiento sobre el Mundo que nos rodea. Pero este proceso carece de límites, pues se desborda a voluntad en la Imaginación. Aun desconociendo cuántos universos existen, el Universo Imaginario es real, pues el Mundo de la Ilusión, de los Sueños, es la sombra del Mundo Real. La unión de estos dos Mundos, creaciones que son de Dios y de los Hombres, es capaz de fundar una Nueva Fórmula del Mundo, y una profunda reflexión sobre el Valor de la Verdad. Pues el conocimiento más elevado nace del despertar de la conciencia de que la Realidad es trascendente, de que incluye a todas las materias simultáneamente, y que pertenece a todos los objetos y a todos los procesos de cualquier clase en el pasado, en el presente y en el futuro. Así crece y toma forma propia el Árbol de la Sabiduría, que proyecta sus sombras en los dos Mundos. Bajo él, confluyen ríos que transforman en Arte los fértiles valles que riegan sus aguas...

Durante el tiempo en el que estuve escuchando al Sabio, nadie osó interrumpirle. Al final, una tempestad de preguntas dio paso a la revelación de nuevas verdades. Pero la ciudad era grande, y mis ansias por conocerla todavía mayores.

Los efectos de la Materia de los Sueños me atraen irresistiblemente. Perdido entre la niebla de las más altas montañas, encuentro un claro del bosque donde moran las Hadas. Allí retozo con ellas durante un tiempo hermoso e interminable. Pasan las estaciones, y veo ante mis ojos el cambio perpetuo del Mundo, la caída de las hojas y la llegada de las nieves, el despertar de los animales y el estío de los ríos. Allí acudo siempre que lo necesito, con sólo dejar que una cada vez mayor dosis de la Materia de los Sueños impregne de nuevo todo mi ser, toda mi mente. Allí conozco a Maialis, y me interno con ella en los secretos de la Arcana Madre Natura. ¿Cómo resistirse al hechizo de esta belleza? ¿Cómo decir no? ¿Cómo hacer caso a Ainsworth?

Y entonces veo a Ainsworth. Y me despierto. ¡Por Dios! Había olvidado por completo al viejo doctor. Rápidamente, corrí a él con mis anotaciones, y le hice partícipe de mis conocimientos. Pero Ainsworth había cambiado, ya no era el mismo. Le encontré más frío y distante que nunca, enfermo, carente de interés por mis experimentos, y por la vida misma. Aun así, tenía que hacerle llegar mi entusiasmo, mis descubrimientos, el éxito de nuestras teorías.

— Nunca volveré a confiar en ti, Arthur —me dijo—. Por última vez, te lo ruego: Abandona esos experimentos.

—Pero no lo entiendes, William —intenté decir—. Tú no comprendes lo que esto puede suponer para el futuro de nuestro conocimiento sobre...



—Ahora comprendo cuán lejos has llegado en tu ciega búsqueda por esos otros mundos de los que hablas. —Tomó asiento, y realizando un supremo esfuerzo, pronunció las que serían las últimas palabras que yo le oí decir.— Está bien, no volveré a mantener contacto alguno contigo, y dispondré todo lo necesario para que tu línea de investigación desaparezca de inmediato. Lo siento, Arthur. La Fundación Van Aanger...

No sé qué más pudo decir. Aquel loco aullaba de dolor, y en su locura quería arrastrarme tras de sí. ¿Finalizar mis experimentos? ¿Cuando tan sólo estaba comenzando a entrever lo que se sitúa al Otro Lado? ¿Van Aanger? ¿Ainsworth? ¡Fracasados! Yo le enseñaría al Mundo lo que un puñado de imbéciles se había propuesto ocultar. Cada vez estaba más convencido de que estos «Padres de la Ciencia» eran sólo unas mentes dirigidas. Y, como tales, querían abortar cualquier intento de pura creatividad. Nunca más necesitaría a Ainsworth. La Materia de los Sueños me guiaría por entre sus dominios, y me enseñaría lo que aquellos cobardes no quisieran haberme mostrado. Pues ya era tarde: *Había cruzado el umbral.*

¿Por qué la más absoluta rabia se apoderó entonces de mí? ¿Cómo no supe leer entre líneas? ¿Qué motivos habían llevado a mi amigo el doctor a esta situación? ¿Qué intentaba decirme? Pero no, lo único que fui capaz de pensar, de sentir más bien, fue un tremendo odio hacia la figura capaz de cercenar en sus inicios mis experimentos, de limitar el alcance de mis investigaciones, de negar a la Humanidad el descubrimiento del Mundo de los Sueños. ¡Oh, Dios! Haría todo lo posible, y lo imposible, para evitarlo: *Convertiría mis Sueños en Realidad.*

Necesitaba evadirme, despejar mi mente. La Materia de los Sueños me llamó ante sí. Y volví a observar, cada vez a mayor velocidad, el Curso de las Cosas y de los Mundos, las enseñanzas de los Maestros y el voluptuoso cuerpo de Maiaalis, que me invitaba de nuevo a retozar con ella en una danza infinita. Recorrí sus cabellos con mis manos, sus perfectas curvas reveladoras de geometrías aún desconocidas, su más profundo interior, sólo intuible por el fabuloso brillo de sus ojos, amarillos y enigmáticos, donde tesoros ocultos desde la Noche de los Tiempos esperaban ser revelados. Desnudo entre las aguas de los gélidos arroyos de montaña, conocí, guiado por ella, las más altas cumbres del placer terrenal, pues de sus senos manaban leche e hidromiel, ambrosía y jalea real, los elixires todos de la Eterna Juventud. En su sexo las flores todas lograban sus más espléndidos colores y perfumes, y albergaban después semillas de mi propio ser. Viajamos a través de países desconocidos, con montañas de alturas insospechadas, y fértiles valles en los que crecían riquísimas cose-



chas de todo tipo de frutos. ¿Cuánto tiempo pasé junto a Maialis? ¿En qué Mundo ocurrió todo aquello? Me resultaba imposible distinguir entre lo Real y lo Onírico, tan sutil llegó a ser la amalgama de estas dos naturalezas en mi interior: Necesitaba de una tanto como anhelaba la otra.

Podría haber vivido una eternidad en aquel estado de ensoñación, que ensombrecía mi percepción del espacio y anulaba mi sentido del tiempo. Pero, sin duda, el tiempo avanzaba. Mi cabello se volvió cano, mi piel se agrietó, volviéndose áspera, curtida por los elementos, y mi ser comenzó a estar cansado.

Como por arte de magia o encantamiento, sin embargo, la esencia de Maialis permaneció inalterable durante todos nuestros viajes, y su cuerpo siguió tan ansioso como en un principio. Aquél era mi único motor entonces, un motor eterno, inagotable, sin cambios. ¿Imaginario? ¿Real? Cada mañana no podía dejar de hacerme la misma pregunta, y en cada ocasión obtenía la misma respuesta: «Más». ¿Qué significaba todo aquello? Sin poder evitarlo, mi esencia se estaba desvaneciendo en un éter sin forma ni contenido... ¿Cómo salir de allí?

Al final, logré regresar. Mi ser anhelaba reencontrarse con viejos amigos, en tierras de geometrías ya antiguas antes de que mis ojos las vieran por primera vez, gobernadas por parámetros predecibles: Volver a un pasado que mi memoria necesitaba revivir. Sabía que tarde o temprano tendría que acabar por hacerlo, pues sólo tenía una idea fija en la cabeza: Regresar, regresar, regresar... Sin embargo, Maialis era como una poderosa fuerza que me arrastraba tras de sí, a pesar de intentar oponerme dándolo todo, en un vano esfuerzo. ¿Regresar? ¿A dónde? ¿A cuándo? Maialis... En muchas ocasiones me había dicho a mí mismo que el pasado no existe, que la única realidad tangible es el presente, y que el futuro dejará de serlo tarde o temprano. Pero ahora sabía, necesitaba saber, creer en otras cosas: Que los recuerdos se erigían como la única forma posible de detener el Tiempo en su loco avance, siempre monótono y uniforme, circular como se manifestaba. Por lo tanto, si estaba en lo cierto, acabaría finalmente por volver al Mundo. Pero la duda, siempre la duda, me atormentaba: ¿Cuál es la exacta naturaleza del Tiempo? ¿Qué nos esconde el futuro? Si el presente es la única realidad existente, los recuerdos de un tiempo ya pasado no son más que quimérica fantasía, y nunca podremos llegar a estar seguros de que habrá un mañana en un tiempo aún por venir.

El tiempo sólo fluye en un sentido, pero *fluye*. Es imposible detenerlo, y, por lo tanto, imposible viajar a través de él. ¿Volver?, me preguntaba. Maialis me retenía cerca de su cuerpo, al abrigo de su eterno calor, haciendo crecer la Magnitud de la Duda.



Maialis... Por supuesto, si estaba equivocado, nunca podría llegar a saber si todos mis recuerdos, vagas imágenes en una memoria fragmentada, gobernada ora por una lógica difusa y borrosa, ora por un razonamiento carente de toda duda, habían existido alguna vez, o si, por el contrario, eran otro producto más de mi febril imaginación. Pero no podía vivir así por más tiempo: No podía vivir. La sola idea de que pudiera estar realmente loco era lo bastante fuerte como para hacer que acabara por creérmelo. Era imposible continuar. Debía despertar, y la única forma de hacerlo era buscarme, encontrarme.

Mediante una todavía mayor dosis de la Materia de los Sueños, logré convencer a Maialis para iniciar un nuevo viaje por tierras y mares desconocidos. Nos embarcamos de nuevo en una última búsqueda: Yo de mi ser, y ella... ¡Ella también!

Llegamos a un país desconocido, donde conocimos nuevas gentes de toda vivencia y condición, alfareros y harapientos, magos y mercaderes, meretrices, viajeros del Mundo, como nosotros. En una ocasión, nos acercamos hasta una playa junto al puerto, donde el sol se escondía de la luna en su eterno juego. Y agotamos de nuevo el rito. Hasta que apareció Ainsworth sobre las aguas del mar, y Maialis desapareció tras la cortina de la noche. Calmado, como estaba, me confesó su verdad.

—Al final de esta mi ya larga existencia en este extraño Mundo he llegado a comprender los Ciclos de la Vida —me dijo—, y ahora sé que la materia gris del pensamiento sólo avanza en un sentido, degenerándose. —Ainsworth parecía estar agotado, y entonces me di cuenta de que aquél no era exactamente el sabio doctor que me inició en la investigación: El personaje que tenía delante de mí era más grande, más poderoso, y en él concurrían el Mercader, el Navegante y el Viejo de otros de mis sueños. Pero estaba ciego, y un lazarillo le guiaba.— Desconozco si serán más los avatares que el Geómetra me tiene destinados, pues entiendo que, todavía, no he llegado a buen puerto; pero ahora, desde donde me encuentro, creo oportuno revelar que he logrado una Nueva Fórmula del Mundo. Desde la obscuridad de mi ceguera he decidido narrar los recuerdos que todavía moran en mi memoria, antes de que se desvanezcan para siempre en la obscuridad de la Muerte.

—Pero —continuó— habéis de saber que, antes de perder este don con el que el Geómetra tuvo a bien regalarme, mis ojos observaron y se deleitaron con todo aquello que ni un millar de Seres hubieran advertido. Aun así, y dentro de la Noche Eterna, pienso, a veces, en el color de las cosas del Mundo, y siento lágrimas bajar por mis mejillas, pobladas de recia y blanca barba; mis ojos, todavía, no están muertos. Y mi imaginación



tampoco. —Ainsworth, mi querido maestro...— Espero embarcarme de nuevo mar adentro, en busca de un horizonte lejano, acaso infinito, e inalcanzable como tal, pero motor de empresas sin él impensables. —Entonces Ainsworth se creció en sí mismo, y vi en su cara la efigie de cuantos sabios han sido.

—Es sabida la dualidad existente en el Mundo —continuó—: A un Cosmos se le opone un Caos, originario. Las dos fuerzas que todo lo gobiernan no son otras que el Bien y el Mal, y no necesariamente en este orden. Y sólo se conocen dos estados de la materia, la Movilidad y la Inmovilidad, a partir de las cuales se derivan todas las demás propiedades de aquélla. Es sabido, también, que la paridad no surge si no es por adición de imparidad, por lo que, retrotrayéndonos en el orden establecido de todos los Seres, vivientes y no vivientes, parece claro que la materia primordial debió ser única, y serlo todavía, mientras no se demuestre lo contrario. Es sorprendente constatar que, cuando los límites de lo real se contraen o se expanden a voluntad, la materia toda acaba por convertirse en número, con lo cual se completa su cadencia formal, su música exacta. El Geómetra ha sabido elevar a cada uno de los seres a lo más alto, ya que todos formamos parte integrante de ese Cosmos en continuo movimiento. Su intrínseca belleza no es más que el reflejo del orden que en él existe, o ha de existir.

Ainsworth utilizaba un lenguaje impersonal, como si no estuviera hablando conmigo, sino dictando una de sus antiguas clases magistrales. En cierto sentido, no entendía nada de lo que iba relatando, y llegué a pensar que ni el mismo sabía qué quería significar con todo aquello.

—Pues bien —concluyó—: Desde este atril afirmo, y espero quede convenientemente registrado en los Anales de la Historia, que el Geómetra es Solo y Único, y que he hallado una Nueva Fórmula del Mundo, como en un futuro no muy lejano me propongo demostrar.

Entonces acarició como distraídamente a un maravilloso felino cartujo, surgido de la nada. El animal, de ojos amarillos y enigmáticos, era oscuro de por sí, y formaba un halo de tinieblas a su alrededor, del que ni siquiera la luz podía escapar.— Es Lucifer, ¿sabes? —dijo Ainsworth—, el gato de Armand du Plessis, el Cardenal Richelieu. —Y el animal se transformó en algo horrible, en un Monstruo de proporciones desconocidas, metamorfoseándose luego en una Criatura de líneas mucho más dulces, que me resultaban al principio vagamente conocidas, y al final plenamente perfiladas: Allí estaba Maialis, quien desapareció como por encanto.

¡De modo que ese era el Secreto! Ainsworth, como tantos otros, había visitado antes que yo el Mundo de los Sueños. Quizás había destilado



él mismo la obscura Materia que permite su entrada. Y allí, de la mano de mi amada, y como si del mismísimo Laplace se tratase, había dado con la Fórmula capaz de explicar el Curso de la Historia, de narrar el pasado y predecir el futuro, de abrazar el conocimiento todo y la verdad absoluta.

Ainsworth, mi amigo y mentor. ¿Amigo? Y quería tal magna sabiduría tan sólo para él, pues me negaba la entrada en aquel Mundo. ¡Oh, no! Malhadado amigo... Deseé firmemente que nunca hubiera existido, que nunca le hubiese conocido, sin interponerse en mi camino, verle sufrir, causarle todo el mal de que fuese capaz, observarle agonizando, muerto, espectral como los fantasmas de la mente que nos aterran.

El sueño continuó. Como en los tiempos antiguos, olas gigantescas volvieron a agitar la calma de la orilla. Huracanes se desataron en las profundidades, que arrastraron tras de sí miles de cuerpos. Los cadáveres fueron arrojados contra la playa. Y todo cesó en un instante. Recorrí varias veces la distancia que separaba los dos cabos entre los que me encontraba, buscando enloquecidamente sin saber qué. Y allí apareció el cuerpo sin vida de mi querido amigo. ¡Ainsworth! ¡Ainsworth!

* * *

Necesito dejar de soñar, volver a la realidad: Ser, de nuevo, Yo. No un producto de mi delirio. Abandono la Casa de las Bestias, sin rumbo ni destino, oculto en las sombras de la noche, a la sola luz de las estrellas. Vagabundo como un sonámbulo por las calles nocturnas de mi ciudad. Y me cruzo en el camino con el señor Evans. Tras él, un ejército de animales del submundo parecen ser la Corte del Rey.

—Señor —, me dice, y pasa de largo, haciendo una leve inclinación con la cabeza. Llego hasta el puerto, y veo la fabulosa actividad de las gentes, en sus intentos por colocar al mejor precio los frutos arrancados al vientre de esa Mar Eterna. Allí, entre la turbamulta, una Vieja habla de sus vivencias en el seno de una Ballena, de las tormentas sobrevividas en latitudes meridionales, de mil cosas que mis oídos no quieren escuchar pero que recuerdan de anteriores ocasiones. La Bruja me mira, y veo en sus ojos el antiguo brillo de mi amada Maialis. ¡No!, grito desesperado. Me duele la cabeza, y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor.

Al asomarme al acantilado, las olas rompen en el fondo, y arrastran tras de sí un cuerpo sin vida, que se mece al compás del ritmo del Universo. Es Ainsworth, y está muerto. *El sueño deja de serlo para convertirse en realidad. Pero... ¿Cómo ha podido ser? ¿Qué extrañas conexiones se han establecido*



entre uno y otro Mundo? ¿Qué parámetros desconocidos han hecho que lo que yo he soñado se haya convertido en realidad? ¿Qué Nueva Fórmula del Mundo he utilizado? ¿Qué desarrollo del Tiempo?

En mi desesperación, recorro el tortuoso camino que conduce al fondo de la playa: No hay error. Solo, en la madrugada, lloro mi desesperación y mi osadía.

VII

¿Cuán tenaz es la vida!

Mary Wollenstoncraft Shelley
Frankenstein. El Moderno Prometeo

DEBO EVADIRME OTRA VEZ, volver finalmente al único Mundo que puedo controlar, al Mundo de los Sueños. Pero el Monstruo se ha vuelto más poderoso, y ahora domina sobre mí: La Materia de los Sueños, esa maravillosa droga, ya no es más el medio que me permite sentir una múltiple y simultánea percepción de las cosas y que puede ayudarme en mi huida... Ahora soy yo la triste marioneta que el Guardián del Otro Mundo utiliza para sus propios fines. ¿Qué persigue esta Criatura? ¿Por qué he sido yo el elegido? ¿Cómo acabar con Ella? ¿Soy acaso parte de sus sueños? ¿De mis sueños?

El sueño deja de serlo para convertirse en pesadilla

Maialis, el Monstruo Guardián del Mundo de los Sueños, Maialis, mi amada, la Vieja Bruja, retoza en la obscuridad de un soportal con varios borrachos del puerto, mientras bebe de una botella que dice «Más». Ainsworth yace inerte a mis pies: No puedo hacer nada por volverle a la vida. La imagen parece acelerarse, y una infinita cohorte de insectos y sus larvas cubre el cadáver hasta hacerlo desaparecer en el mantillo del suelo. Sólo su cráneo, vacío, me indica que allí ha existido un gran hombre. Lo recojo entre mis manos y, como si de una gran caracola entre la inocencia de un chiquillo se tratase, oigo el rumor del Mar que me invita a profundizar en su interior, e inicio un aterrador Viaje al Futuro a su través. Al principio es un lugar desconocido, y sin embargo pacífico, que me recoge y alberga en su seno como una Madre. Como si quisiera dormirme en un profundo sueño, meciéndome en un dulcísimo compás que recuerda los regulares latidos del corazón. Pero el ritmo deja de serlo, y surge



del orden un caos incipiente, sembrado sin duda en la Noche de los Tiempos, que destruye el patrón anterior y me da miedo. Pronto se enfurece conmigo. Tempestades azotan de nuevo las aguas, y me sacuden de un lado a otro. Una gruta subacuática me lleva a su través, y allí permanezco durante una, *otra*, Eternidad. Es mi Burbuja, que me aísla de todo lo que me rodea, y me protege de todo mal... Menos de mí mismo. Pues ya no necesito inyectarme la droga que me guíe en nuevos viajes por lo Desconocido: Ahora es mi propia mente la que sintetiza, por vías y rutas aún por descubrir, nuevas cantidades de la Materia de los Sueños. Y así continúo en la Burbuja.

Hasta que su bóveda comienza a hacerse transparente, y los rayos del sol que anuncian un nuevo día ciegan de nuevo mis ojos. No puedo soportarlo, y me hago otra vez a la mar, hasta alcanzar una orilla desconocida. Desde allí, arrastrándome por las rocas, exhausto como estoy, tengo nuevas visiones. Recorro las calles de las ciudades oculto como un portdiosero, siempre sin dejarme ver, sin conocer a nadie, como un Fugitivo del Destino.

En uno de mis sueños, veo a lo lejos una gran bola de fuego que recorre por enésima vez la obscuridad del cielo infinito, un cometa de larga cabellera, cargado de maldad y destrucción, cuya atmósfera venenosa azota las ciudades aniquilando todo rastro de vida de cuanto encuentra a su alrededor. Los niños dejan de ir a la escuela, los campesinos ya no trabajan más la tierra, y los mineros arrancan por última vez las entrañas de la montaña. Las familias se despiden para siempre, pues es el Fin.

Gentes sufren en silencio, otras gritan su dolor: La locura se respira en el ambiente, y veo cuerpos caer desde alturas desconocidas, prefiriendo una muerte cierta y rápida antes que los posibles horrores de una agonía finalmente letal. Pero la estela del cometa envuelve a la Tierra: Muerte y Destrucción sembradas en campos yermos de futuro. La Tierra entrará en la sombra del cometa a media noche, y una cegadora luz boreal recorrerá de oeste a este la superficie de los cinco continentes, sembrando a su paso el más cruel terror.

En algún lugar, fanáticos seguidores de un Iluminado intentarán aplacar al Monstruo sacrificando a una joven virgen, y desfilarán en procesión portando velas y cirios santificados, elevando al Cielo sus cantos en forma de salmos. Pero todo será en vano. En la penumbra de esa noche, nacerán criaturas inocentes que no vivirán más que unas pocas horas, y ni siquiera podrán morir en paz: La cola del cometa derrumbará la Basílica de San Pedro...



En otro de mis sueños, sobre geografías conocidas y desconocidas, y en un tiempo sin duda variable en su ritmo, en su cadencia, ocurren las que serán las Últimas Guerras Púnicas de la Historia. Un nuevo Fin del Mundo, que acabará con toda la Humanidad. Al principio, el desconcierto sobresalta a la población: Antes de verse inmersos en la mayor guerra de todos los tiempos, la derrota ha exterminado ya a gran parte de la población. Los supervivientes luchan entre sí por un mendrugo de pan que llevarse a la boca, por un trago de agua con que calmar su sed, por un abrigo con el que arrojarse en las duras noches del más gélido invierno de la Europa del Norte. Ciudades enteras arden en la noche, y Monstruos Plateados hieren los cielos derramando la muerte a su alrededor. Luces portadoras de las nuevas Semillas del Mal, nunca antes vistas, cruzan los mares y llegan incluso a las islas más alejadas de la civilización. ¿Civilización?, me pregunto. Formas hasta entonces desconocidas de morir, de matar, hacen su aparición en un teatro sin espectadores, sin apuntador, sin guión. ¡Pasen y vean!, la muerte al alcance de la mano. Y todo es como en un Circo... Que gira, y gira, y gira... Y vuelve a repetirse día tras día, noche tras noche, invierno tras invierno, año tras año...

En cierta obscura mente anida la idea de extender el Fin a todo el Mundo. Las Luces del Mal cruzan continentes enteros y, desde su profundo vientre, arrojan a sus malvados hijos para continuar su labor, formas secretas en las que se manifiestan los sueños de sus creadores, sembrando la muerte allí donde caen. Los hombres de los valles ignoran lo que ocurre, pues así es su vida: Sencilla. Pero las Fuerzas del Mal no entienden. En la atmósfera enrarecida de un laboratorio, Sabios llevan a la práctica sus más oscuros pensamientos. ¿Cuál será la resistencia del Cuerpo Humano, de esa Máquina que Dios creó, a ciertas condiciones de experimentación? Y las condiciones a experimentar son infinitas... Masas sin nombre se apilan en campos de exterminio, y el más fétido hedor que imaginarse pueda impregna los aires de Europa. Es el Apocalipsis en mitad del próximo siglo, conducido por Insaciables Jinetes.

Pero el Gran Hermano, ¿inconsciente?, se elevará sobre el resto de los mortales, y dictará el Momento del Fin. Será en una mañana de un mes de verano, tras un largo viaje a través de los Mares Océanos, siguiendo la Ruta del Sol Naciente. Las Entrañas de la Materia, no de los Sueños, sino de la Realidad, se revelarán contra los hombres y sembrarán el terror. Sabios conducirán a la Máquina contra sí mismos, a sabiendas desde el primer instante de su enorme poder de destrucción. ¿De qué sirve pedir perdón, si este llegará demasiado tarde?



Los relojes se pararán a primera hora de la mañana, y dejarán tras de sí la Sombra de un Futuro que no llegó a ser. La Sombra se elevará por sobre los cielos de las ciudades, crecerá como germinan los Frutos de la Destrucción, y se dispersará como las nubes arrastradas por tremendos vientos huracanados; formas desconocidas de energía atacarán a todos los seres y les arrebatarán su fuerza vital. En la distancia, árboles caerán arrastrados tras las tempestades, y todo se derrumbará sobre sí mismo. En los escombros de lo que en tiempos fueron grandes ciudades, pobladas hasta en los más pequeños resquicios, sólo habitarán ya las ratas. Y, más allá todavía, el calor acabará por hacerse insoportable, doblegando incluso las aleaciones de los metales más estables. No todos, sin embargo, morirán por ello, pues la Muerte se reserva una forma mucho más sutil de acabar con la Vida. A lo largo del Tiempo, una lucha feroz destrozará los cuerpos de aquellos que no hayan muerto en el impacto de la Pequeña Criatura, o, más tarde, del Gran Hombre.

Y, para su desgracia infinita, aquellos que logren sobrevivir a esta Muerte tan lenta, pero nunca tan dulce, engendrarán formas de vida monstruosas e infértiles, portadoras de taras que harán crecer el miedo entre sus hermanos y amigos. Vivirán con frutos de una tierra contaminada, regados por ríos que bebieron de las aguas de lluvias surgidas de nubes alumbradas por la explosión. Y sus hijos sufrirán en silencio las mismas consecuencias. Y no aprenderán de sus errores. Y, al cabo del tiempo, un Nuevo Fin volverá a azotar la Tierra. Y el Circo volverá a empezar otra vez...

En un tercer sueño, la Tierra se desvanece sobre sí misma. El aire está ya siempre enrarecido, y no se puede respirar en las calles de las atestadas ciudades, donde las gentes se esconden unas de las otras. Los gobernantes hace tiempo que abandonaron sus puestos, y nadie se hace cargo del Mundo Global: Pues es el Caos. Nada hay ya predecible, y las catástrofes son los únicos eventos seguros. En algún lugar de la Tierra, cataclismos nunca vistos destrozarán las construcciones que tanto esfuerzo les llevó a los hombres, moverán a las gentes a refugiarse en sus casas, y éstas caerán también tras el paso de las ondas telúricas. Cruzando los océanos de uno a otro continente, grandes masas de aguas se alzarán sobre las costas, que arruinarán jornadas interminables de pescadores inocentes. Desde las montañas, avalanchas de agua y nieve anegarán los valles, que dejarán de ser fértiles y se convertirán en campos yermos, sin vegetación. Luego vendrá la calma, una calma aún peor. Pues los vientos cesarán para siempre, y con ellos cesarán también las lluvias, y las tierras no podrán ya soportar más árboles, más frutos que alimenten a más gentes.



El Desierto se extenderá por sobre la faz de la Tierra. Y los hombres conocerán la mayor hambre de toda su Historia. Las planicies dominarán el Mundo, y el relieve se hará homogéneo por igual. No habrá nada que describir, pues todo se medirá por el mismo rasero. Y la imaginación del hombre se vendrá también abajo, arrastrada por la monotonía.

Y, con su mente, se acabará también su cuerpo, dominado por las enfermedades. Desde su más profundo interior, quién sabe si desde su perturbada mente, una nueva forma de enfermedad azotará los cuerpos de las gentes, que morirán lentamente sin poder confiar en la salvación. Ungüentos milagrosos y otras pócimas convencerán a unos pocos de que son la solución, pero ello sólo hará crecer aún más el desconcierto. Una noche, cuando el sol y la luna se escondan el uno del otro, será ya por última vez: Nadie despertará al día siguiente. Y será mejor así, pues la Tierra hervirá en su propia sangre, en su propio fluido vital, y será ya imposible soportar siquiera un minuto más. Luego el calor será tan grande como en el interior del sol, y quién sabe si no estaremos dentro de él, pues ¿quién afirma lo contrario? El tiempo cambiará de ritmo, y se acelerará; dará paso a una nueva expansión, como en los orígenes, y todo el Universo, *todos los Universos*, pasarán por siempre a la Historia.

Nada, nadie quedará para contarlo, y, si quedara: ¿A quién podría narrar una historia como ésta? ¿No es acaso fascinante que lo haga yo ahora? ¿Quién podrá creerme? Pero sé que todo cuanto he visto ha de ser cierto...

En mi último sueño, estoy por fin solo. Pero ya no sé si es un sueño, o quizás se ha convertido, anticipadamente, en una realidad. Tengo la cabeza abierta, quebrada, rota. No es como en algunas ocasiones, en las que me he cruzado con gentes de cabezas transparentes, a quienes es sencillo espiar sus ideas, porque éstas son claramente visibles a través del cristal que las rodea. Pero no. Yo tengo la cabeza *abierta*. Es fácil saber cuáles son mis ideas: Sólo tengo que alzar la mano, y hurgar en su interior. Allí están mi infancia, mi juventud, mi pasado reciente, y mi presente. No hay un futuro aguardando para mí, a pesar de saber que todos mis sueños se convertirán en realidad, que el Guardián me ha otorgado ese honor, y que, así, he cumplido con mi parte del trato. ¿Hay alguien ahí? Ahora lo veo claro: El Monstruo permitió mi entrada en su Mundo a sabiendas de que acabaría dominando sobre mí, me utilizó como vehículo para cumplir sus sueños, que fueron mis sueños, y sembró el Fin de las Cosas. Pero, en mi cabeza, tampoco encuentro un lugar para él. ¿Dónde estás, oh, tú, Maialis?



Entre mis manos, la Materia de los Sueños se desvanece y se evapora, pasa a formar parte del éter que todo lo rodea, y espera al acecho para saltar sobre una nueva víctima que le lleve a la Cumbre del Mundo. ¿Qué buscas, ahí, en lo más profundo de la mente? ¿A qué esperas? ¿Se cumplirá también este sueño, mi último sueño, mi última locura?

Miro a mi alrededor, y me veo sentado a la mesa lacada de mi gabinete, con un montón de cuartillas, *escritas de mi puño y letra en perfecto uso de mis facultades físicas y mentales*. Y no puedo llorar... ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

En medio de esta inmensa jungla llena de acechanzas y peligros, he retrocedido y me he apartado de estas espinas. Flota a mi alrededor ese sinnúmero de cosas que nos trae la vida de cada día, pero ni me sorprende ni dejo que me captive el genuino deseo que siento de estudiarlas... He renunciado a soñar...

San Agustín de Hipona